

Domingo V del TO Ciclo B



4 de febrero de 2024

Jb 7,1-4.6-7

Sal 146

1Cor 9, 16-19.22-23

Mc 1, 29-39

P. Eduardo Suanzes, msps

La primera acción “pública” de Jesús y su primer “signo” en el evangelio de Marcos es un exorcismo, que vimos el domingo pasado. Ahora¹ nos encontramos (después de aquel exorcismo) con la primera sanación que aparece en el evangelio de Marcos. La escena se inserta en la secuencia del llamamiento a los discípulos para que sean «pescadores de hombres»² de los versículos anteriores.

Marcos se está proponiendo explicar plásticamente qué es «pescar hombres» en las escenas que siguen al llamamiento de los discípulos.

La primera, como decimos, fue el exorcismo en la sinagoga³. Lo opuesto a Dios no está fuera, en los tradicionalmente tenidos por «enemigos de Dios», sino dentro, en el propio sistema religioso, simbolizado por la sinagoga, que postra-aliena al hombre. En la presunta casa de Dios se ha asentado los demonios, y los escribas son equiparados a ellos. Es decir, el excluyente fanatismo religioso de Israel no “pesca-salva” hombres, sino que los aliena. Y lo mismo ocurre en la sociedad que dimana de tal sistema. En esto reflexionamos en domingo pasado.

No solamente en la sinagoga (ámbito religioso) aparece la postración; también en las casas (ámbito doméstico) hay postración, hay fiebre que postra. La suegra de Simón, postrada en cama, simboliza el rígido sistema patriarcal hacia «los últimos» (las mujeres y los niños, que aparecerán profusamente a lo largo de todo el evangelio). En aquella estructura patriarcal, la esposa que llegaba de fuera ocupaba el último grado del escalafón dentro de la familia paterna del esposo. Rango aún más bajo tendría, por lógica, la madre de la esposa. La suegra es, pues, la «última» (por mujer y por estar «de prestado» en una casa ajena). Pero todo eso se veía como normal y conforme con la ortodoxia socio-religiosa de la vieja Ley. En el relato todo encaja simbólicamente para expresar así la postración que genera tal *orden* doméstico. Ambos ámbitos, sinagoga y casa, fruto tan cerrada religiosidad, no liberan, sino que postran. Y se nos dice que esa fiebre es la causa de que la mujer no pueda servir. Pero «servir», no en el sentido de hacer las labores «propias de su sexo», como decía mi abuela, sino que el verbo que utiliza marcos es el de la «*diakonía*», es decir, se trata de un servicio por amor de todo aquel que pretenda seguir a Jesús.

Sea lo que sea «esa fiebre» resulta que en el ámbito domestico existe una realidad que impide la entrega a los demás, el servicio a los demás; es una realidad que esclaviza a la persona y la tiene postrada para realizar la misión del seguimiento de Jesús. Y es aquí donde

¹ SIXTO IRAGUI, *El Jesús histórico* (Curso). *La fiebre en casa de Simón*.

² 1, 16-20

³ 1, 21-27

nosotros debemos pensar qué posibles situaciones existen en mi familia que impiden que en ella se de la entrega a Jesús en los hermanos: ¿una familia cerrada en sí misma, que solo vive para los miembros de la familia viendo en los demás una amenaza?; ¿una familia cuyo único centro vital se sitúa en la posición social, la económica, viendo en los demás un medio para lograr sus objetivos? En fin, muchas fiebres pueden postrar a los miembros de una familia y postrarles para el servicio.

Pero si nos fijamos bien, en esta casa de Pedro existen también miembros (innominados) que están para facilitar la obra de Jesús. Es otra clase de servicio: facilitar la obra de Jesús y le muestran al postrado de la casa para que actúe sobre ella, en este caso.

Y Jesús les muestra plásticamente el nuevo camino, la «nueva doctrina»: «*Él se acercó, la cogió de la mano y la levantó*». Estas tres acciones definen el mesianismo de Jesús, y se contraponen simbólicamente a las que fomenta el mesianismo israelita tradicional y excluyente contra el que lucha Jesús:

- **Acercarse** (vs. distanciarse). Implica no sentirse superior y poner distancia, sino abajarse e interesarse por el ser humano. En numerosas ocasiones en los evangelios Jesús se acerca desoyendo las normas de pureza.
- **Amar** (vs. agredir). Coger de la mano es tocar, identificarse con el otro, hacer propia su situación y su postración. Es lo contrario del odio (por muy justiciero que sea). Tocar-tomar es signo del amor dado (Marcos repite mucho e insiste en su evangelio en el gesto de «*tocar*»). Jesús incumple normas al tocar a una enferma que podría impurificarle, y, encima, a una mujer que no es su esposa. El amor dado está por encima de toda norma, de toda ortodoxia (por muy *divina* que se auto-titule).
- **Levantar** (vs. derribar). El amor se da para levantar al postrado, no para rematar o tirar por tierra a nadie, ni siquiera al enemigo. Eso va a significar que Dios reine: que sus hijos (todos) estén en pie, no tirados por tierra. Y hay que empezar a hacer eso desde la propia casa, desde el propio ámbito vital.

¿Cuál es el efecto del amor solícito y dado?: «*La fiebre desapareció, y ella se puso a servirles*», es decir se puso a seguir a Jesús sirviendo a sus hermanos. Lo que «ata» e incapacita a la persona deja de atarle, y eso le abre al servicio hacia los demás, al amor compartido. Eso es «pescar hombres».

La secuencia terminará con dos «sumarios»: todo el pueblo necesitado-postrado acude a la casa y Jesús les sana. El mesianismo de Jesús implica liberación. El Reino ha empezado a irrumpir. Huyendo de todo apego triunfalista, Jesús impide a los desposeídos de sí mismos (símbolo de los poseídos por una imagen de Jesús triunfalista y de poder sobre los demás) que hablen de esa concepción que tienen de él. A partir de aquí se irá de la casa para extender esta «buena noticia» por «*toda Galilea*».